



Carlos Alejandro / Olga de León

Los repiques del silencio

La educación y la cultura en México se visten de luto, que las Artes Bellas han sido mancilladas. Mas, para fortuna del pueblo nuestro: la cultura nunca será privilegio de unos cuantos ni propiedad privada, sino expresión que define el carácter y tiñe las conciencias.

"Sicario de Literaturas"

Es difícil saludar a esa gente, tan engreída, tan que me mira como diciendo: "soy superior a ti". Y sin embargo, debo extenderles la mano, sin reparar en todo lo que me impela a no hacerlo. Lo intento, pero de pronto siento que el brazo se atrinca, se queda quieto junto a mi cuerpo, y arman junto con el pensamiento un complot para no saludar. Entonces, la hija del viejo me dice: "aquí hay caldito de esto, taquitos de aquello", pero nunca pronunció: "déjame servirte un plato, siéntate"; ni tampoco un amble aviso, como: "mañana, es el cumpleaños del Yuanpi, estás invitado; ¡no faltes!"

Por la mañana había salido temprano al supermercado a comprar mezcal, naranjas y chiles, todo un ritual aquí en Morelos, y solo para prepararle su bebida al viejo; pero no pudo ir, con tanta gente en casa, si lo ven nervioso y ansioso por salir, lo van a regañar. Por mi parte, yo no soy capaz de beber por beber, ni de estar pasando a cada rato por el pasillo, sacar los hielos de la nevera y servirlos en mi vaso con agua mineral. Tampoco soporto estar ahí adentro, por eso me vine al Bar Langostón, con todo y libreta.

Lo peor de todo es que se canceló el taller literario y eso me pone de peor humor, era mi dosis semanal de socialización. Me encanta saludar a mis "amigas". Como dice el Doctor, es el único momento en que puedo liberarme de mis pensamientos, de mis labores como sicario.

Ahora, está frente a mí un hombre plantado plenamente en los sesentas, para algunos: "elegante", y acompañado de una mujer igual de "refinada" que muerde el popote metido en el vaso del que bebe algo pálido. Luego de arrancar un pedazo del plástico delgado y ahuecado, lo escupe a la alfombra. ¡Qué mujer tan mal educada! ¡Ese debe ser lo que ella tiene por un lugar adecuado para la basura: el piso! Sí, definitivamente eso es lo que ella piensa. Debo tranquilizarme, a mí no tiene por qué preocuparme lo que hagan o dejen de hacer; él viene a ver el partido de fútbol por televisión y ella finge que lo acompaña.

Lo que realmente parece que a nadie le importa en este bar, es que las cervezas estén calientes. En Tijuana nunca se sirven a esta temperatura; pero aquí, en Morelos, puede suceder, y sucede con mucha frecuencia. Debería irme a preparar mi próximo asesinato: la Literatura China debe estar temiendo por mi arribo; pero ya no quiero matar, lo aseguro sin que me tiemble la voz, ni el brazo, ¡menos aún la mano! Ni me voy porque estoy seguro de que apenas salga, me pondré a pensar en Hermelinda. Estoy tan desilusionado, en esta nueva ciudad en la que me escondo, no logro volver a mis

rutinas; pero es que sin Hermelinda, es imposible. A ella también le disgusta pensar en mí, me lo confesó por teléfono. Si no hubiese asesinado yo a la Literatura Hindú, ¡estaríamos ahora juntos!

Que, ¿cómo se mata a las Literaturas Chinas e Hindús?, se han de preguntar ustedes, queridos lectores. Pues bien, no es tan complicado en estos tiempos, cuando se es maestro de preparatoria y se imparte Literatura Universal. Todo



empezó el siglo pasado, cuando don Porfirio nos redujo los salarios a los maestros. "¿A dónde cree este hombre, que lleva al país", me preguntaba, mientras revisaba las noticias de la prensa oficial dispersas sobre el escritorio de la biblioteca. Recuerdo que terminada la Revolución, recién había salido de Tijuana por primera vez, huyendo de la Sociedad de Bachilleratos del Suroeste Mexicano (SOBASUME), la cual había ido a buscarme hasta allá, completita, con sus tres mil treinta miembros, porque antes de haber enseñado en Tijuana, estimados lectores, me ganaba la vida de la misma manera, como sicario en el Suroeste mexicano, y habiendo ahorcado ya a la Literatura Hindú por entonces, me lo pregunté sin alarde, sin esperar respuesta de nadie, ni siquiera de mi mente, ya para entonces algo atolondrada: ¿cómo logro acabar con las Literaturas rápido y sin furia?

El éxito se consigue desinteresando a los alumnos, convencidos de que el tema no es importante. Si uno logra el cometido, nunca en la vida comprarán un libro relacionado, y si el impacto es considerable, jamás leerán ni eso ni cualquier otra cosa que se le acerque o se parezca a lo literario.

Al principio era complicado. Quise degollar a la Literatura Árabe, pero siendo apenas una de mis primeras tentativas, fracasé. ¿Cómo desinteresar a muchachos de quince años de la lectura de Las mil

y una noches? En aquel entonces no era sencillo. Pero luego tuve otros aliados: maestros inconformes, autoridades públicas sin compromiso y padres taimados.

Luego llegó ese señor Vasconcelos y tuve que huir. Más tarde fue la Ignorancia, la que me visitó... y ahí me quedé. Ahora son fantasmas los que aparecen de vez en cuando. No sé qué opine la autoridad, si crea o no crea en mí, pero de lo que yo escapo ahora es

saucos.

Sale, sueña, calla y una vez más, otro día y otra noche, ni alegre ni triste canta odas, pares, triadas y cuartetos con sus vaivenes y cadencias.

Viento y silencio que revelan mis ensoñaciones y viglias.

Mientras, entre ahogos y penurias me llevan lejos, muy lejos... más allá de toda esperanza, de toda ilusión.

Silencio, silencio, ¡oh!, silencio ausencia mínima de vida... amenaza de muerte repentina.

¡Que cómo es el silencio! Si tan solo pudiera pintarlo, un cuadro al óleo haría con él en el que nada y todo apareciera. Homero recorriendo Itaca en sueños repetidos; Agripina y Rulfo oyendo al viento... es la soledad, que habita en Luvina.

¡Viento y silencio! Sopla y sopla, nadie lo escucha recreando van su propio destino.

La mujer silente y suplicante anda, Pide pan, techo y escuela. Como Penélope teje que teje sin temor a destejer su danza; lleva los ojos secos ...y el corazón deshecho.

Nada sabe del arte de pintar, Opta por la danza y se deja llevar sin palabras ni grafías, solo conceptos, pausas y ritmo; un poema intentará para pintar al silencio.

Blanca la página, negro el sonido, y a cada huella, un leve ruido: lejos, muy lejos de todos los oídos.

Sigue al instinto, escucha la alharaca y otra vez, más convencida que antes, sus sentidos vuélvanse mudos, sordos, ante suicidas ciegos y fríos recuerdos.

Básteme entonces empezar de nuevo: me agacho y me sumerjo... no hay salida, ninguna respuesta. Me ahogo en ese inmenso océano que algunos declaran silencio y que yo llamo: el amante perfecto

Silencio, silencio, silencio en el foro.

La musa ha muerto. El ruido es intenso. Es el llanto a causa de flagelos. Palabras sin aliento, testigos ciegos: ...silencio, solo silencio.



Guillermo Prieto

(1818-1897) Escritor y político mexicano. Huérfano de padre, su infancia también estuvo marcada por la demencia de su madre.

Tras desarrollar algunos oficios menores fue protegido por Andrés Quintana Roo, a cuyo lado estableció la Academia de Letrán, con el decidido intento de mexicanizar la literatura. Cultivó la crítica teatral y junto con Ignacio Ramírez fundó un periódico satírico.

Participó en la rebelión de los polkos (1847), conservadores, pero luego ingresó en las filas de los liberales. Ministro de Hacienda de Álvarez (1855) y Juárez (1857), se opuso al intervencionismo estatal. Fue perseguido y finalmente exiliado a causa de su apoyo a Juárez y de sus feroces críticas contra la dictadura de Antonio López de Santa Anna.

Bajo el pseudónimo de "Fidel" cultivó todos los géneros literarios y fue, además, cronista y poeta popular de las gestas nacionales. Aparte de ser figura pública y literaria, Guillermo Prieto es un personaje de gran interés histórico, ya que dejó testimonio de los acontecimientos más trascendentes del siglo XIX mexicano: la Independencia, la guerra de Texas y el Imperio de Maximiliano.

Literariamente adscrito al romanticismo, es autor de numerosos artículos costumbristas publicados en El Siglo XIX y recopilados en Los San Lunes de Fidel (1923). Sus Memorias de mis tiempos son una sustanciosa crónica de la vida social, política y literaria del siglo XIX mexicano. Publicadas póstumamente (1906), comprende en sus dos volúmenes episodios de 1828 a 1853. Además de textos sobre historia nacional, compuso las piezas dramáticas El alférez (1840), Alonso de Ávila (1842) y El susto de Pinganillas (1843), entre otras.

Su obra poética se divide en composiciones patrióticas y versos populares inspirados en el folclore. El Romancero, poema épico en octosílabos, celebra la gesta de la Independencia. El autor concibió esta obra a imitación de la poesía épica popular española, en la que quiso exaltar los hechos culminantes de la lucha del pueblo mexicano por su libertad. Publicada en 1885, encierra el ciclo de la Independencia a partir de los movimientos iniciales de 1808 -"Romance de Iturrigaray"- hasta la entrada del Ejército Trigarante en 1821.

ad pēdem
literae

"El que lee mucho y anda mucho, ve mucho y sabe mucho".

Miguel de Cervantes

letras de
buen humor

"Lo bueno del cine es que durante dos horas los problemas son de otros".

Pedro Ruiz

En interiores...

Celebración de Hohenlohe

Guillermo Sheridan

Página 2

Mis "convicciones"

Guillermo Fadanelli

Página 3

La Voz del Papa

Mons. José Gómez

Página 4